

arrancar á la muerte una víctima; tu abrias los tesoros de tu corazon para acallar los gemidos del huérfano y enjugar el llanto de la viuda.

Ansioso por saber, muy largos años pasas en el estudio, comprendes de la ciencia los arcanos, y bondadoso los difundes en medio de la juventud estudiosa que llena las aulas buscando los medios de aliviar á sus hermanos.—Tu contribuiste poderosamente para fundar ese plantel, que es una de las glorias del mundo de Colon; en él es donde buscamos el manantial de ciencia, los que nos dedicamos á la difícil profesion del médico; allí, en su seno, nació la SOCIEDAD FILOIÁTRICA, á quien tengo la honra de representar, obra de alumnos entusiastas que quisimos, reunidos con el dulce vínculo de la amistad, aliviar las desgracias del pobre y procurar el adelanto de la ciencia. Esta Sociedad, que cuenta en su seno á todos los alumnos médicos, no olvidará al sábio que la muerte nos ha arrebatado; lo mirará como una antorcha de la ciencia, como uno de los bienhechores de la juventud. Consagraremos en nuestros corazones un altar á su memoria, repetiremos siempre con respeto su nombre venerable, y el ejemplo de su vida será el faro que nos guie en el borrascoso mar que atravesamos.—Dije.

RICARDO VÉRTIZ.

Discurso pronunciado por el alumno D. Antonio Domínguez, á nombre de los alumnos de 4º año de Medicina.

Henos aquí, como hace dos años, conduciendo á su última morada al cadáver de uno de nuestros hombres mas ilustres. He aquí á la Escuela de Medicina viniendo en masa, ahora como entonces, á agruparse silenciosa en torno de esa tumba: la Academia que pierde un compañero, los alumnos á quienes deja para siempre un maestro tan querido, todos, con el duelo en el alma y las lágrimas brotando de los ojos, nos reunimos para quemar en los altares de la muerte, el incienso del último holocausto.

La humanidad sucumbe al terrible anatema lanzado por el Dios Omnipotente, y contra él nada pueden el esplendor de las riquezas, nada el sublime arrebató de los triunfos, nada la gloria apacible y modesta de la ciencia; el pobre como el rico, el débil como el fuerte, el ignorante como el sábio, todos van desapareciendo unos tras otros, al furor de la mano invisible que los arrebató del seno de la vida.

Preguntemos á esos monumentos, qué es de tantos seres envueltos en la noche de los siglos, y ellos nos contestarán con el silencio: levantémos esas losas que esconden las cien generaciones, y allí no encontraremos mas de polvo.

La nada para el cuerpo, el olvido, la nada para el hombre, este es el mas allá de la existencia.....

Erazo ha muerto: pronto sus restos habrán desaparecido como todos, en lo hondo del sepulcro; pronto el eco de su nombre se irá debilitando poco á poco hasta llegar á extinguirse en las inmensidades de los tiempos; apenas quedarán entrelazadas á una cruz las místicas flores que venga el amor filial á depositar sobre su tumba.

Pero no, hay en el pecho una pasión sublime, en el alma una virtud divina, el amor, la gratitud, que eternizan la memoria de quienes han sabido alimentarlas. ¿Qué gloria mas hermosa, qué inmortalidad mas noble y grande, que la siempre envidiada de recordar á un hombre por sus beneficios, que la de legar á

las generaciones una vida sin mancha, toda empleada en honra de la ciencia, ocupada sin descanso en mitigar los males de la humanidad que sufre.

Tal fué la vida del Sr. Erazo: la esposa, el padre, el hijo, cuantos confiaron á él la salvacion de las persanas mas queridas, los pobres que debieron á sus manos el remedio de sus necesidades, como debieron á su ciencia el alivio de sus males, nosotros que teníamos en él la columna de fuego que en el desierto de la vida nos conducía por el sendero oscuro de la ciencia, todos seremos el eco de su nombre, todos tendremos siempre para él una lágrima de gratitud, un suspiro de amor exhalado de lo íntimo del alma.

Erazo ha muerto; mas semejante al sol cuando se oculta, deja su luz á un astro que aparece radiando entre las sombras.

Este es la gloria, la vida de los muertos.

ANTONIO DOMINGUEZ.

**Poesia leida por el alumno D. Joaquin Vértiz, á nombre de los alumnos de la
Escuela de Medicina.**

Á LA MUERTE DEL DISTINGUIDO CATEDRÁTICO

D. IGNACIO ERAZO.

No inspira en esta vez el sentimiento
Los sonidos discordes de mi canto,
Ni el de la muerte natural espanto;
Es noble orgullo, que en el alma siento.
Que al venir á mi mente la memoria
De los hechos del héroe de la ciencia,
Miro adornada su sencilla frente,
Do brillaba aun ayer la inteligencia,
Con los laureles de la excelsa gloria.
A la ciencia de Hipócrates divina
Te consagraste con sin par anhelo,
Buscando solo el celestial consuelo
De libertar á tu querido hermano
Del yugo fiero del dolor insano.
Por eso el hombre á quien el bien hiciste
Guardará para siempre tu memoria;
Por eso te prefiere á los guerreros
Cuya ficticia gloria
Conquistan con la fuerza y los aceros.
La corona que tu frente hoy ciñe
Durará en su verdor eternamente;
De tu hermano la sangre no la tiñe;
Con la ciencia y virtud la conquistaste,
Y el pobre, y el anciano y desvalido,
Y el rico, y el guerrero y el potente,
Se juzgan muy dichosos
Al ceñir de laurel tu noble frente.

JOAQUIN VÉRTIZ.